Salvador Dalí

Claraboya /

¡Oh! Salvador Dalí

QUITO.— Muros blancos, enredaderas verdes, mar azul, Port-Lligat está plantado en un recodo de la costa catalana y es célebre por sus frutos de mar, sus besugos a la plancha y la presencia del pintor Dalí que allí posee su villa-estudio-manicomio privado al servicio del turismo internacional. Nadie que pase por allí puede imaginar que en una atmósfera tan serena y encantadora pueda germinar la locura. Y, en verdad, nunca germina en la comarca como planta silvestre. La locura le es del todo ajena a la comarca y ha sido trasplantada por el pintor para alivio de caminantes, atracción de navegantes y entretenimiento de sus habitantes, artesanos y pescadores en mayoría y, a ratos perdidos, contrabandistas de fruslerías francesas. Allí he visto tallar y surgir de un basto trozo de madera un esbelto galeón del siglo XV o una fragata de tres mástiles del siglo diecinueve. Pero la casa de Dalí, sus excentricidades, sus telas, sus desplantes, sus visitantes cubren de niebla dorada la vida cotidiana de los que pasan por allí. Los vecinos se han acostumbrado ya a sus carantoñas y no hacen caso del pintor; gente seria, de mar, combina la meditación filosófica con la tarea practicada como un arte, cualquiera que ella sea, forja, talla, cultivo de uva o de manzana, venta subrepticia de tabaco inglés o encajes venecianos. La gente contempla el mar de espaldas al pintor que se desgañita por llamar la atención; pero es ya un espectáculo sobrepasado.

En recientes semanas se han emitido desde Port-Lligat alarmantes mensajes en torno a la salud del celebérrimo mixtificador. Y ayer o anteayer, un filete escondido al socaire entre las páginas de un diario, refería que un íntimo amigo suyo, el siquiatra barcelonés Obiols, había fallecido de infarto cardiaco en el curso de una visita que hiciera al pintor, se ignora si con fines profesionales o simplemente amistosos. De comienzo, la noticia parecía fruto de una de tantas genialidades de Dalí. ¿Qué mejor entremés para escribir que el del siquiastra asesinado por el paciente en un rapto de lucidez? Pero, luego, la versión se ha confirmado aunque sin ofrecer detalles ni profundizar en la ocurrencia. Algo se rumoreaba ya en chismes noticiosos acerca de la salud del pintor. Pero quienes conocen a Dalí y saben la página y propósitos de autopublicidad permanente, guiñan el ojo, pasan la página y olvidan bajo el rubro de "genialidades de Salvador"... en espera de otras, nuevas y mayúsculas.

El caso suyo es típico de la época malabaresca y desquiciada que se iniciara paralela a la segunda posguerra. Era Dalí, más que un pintor excelso como lo da la propaganda, un magnífico dibujante y un sorprendente funámbulo, habilísimo en trucos publicitarios. A golpes de tambor más que de realizaciones perdurables, trepaba, materialmente trepaba a los más altos planos de una celebridad de "music-hall". Son famosos sus trucos para suscitar la atención ajena y sembrar la duda tras suyo, en torno a si se trata de un excelso artista, de un alineado pintoresco o de un simple volatinero de la "fumisterie". En París, años atrás, se interna en una clínica siquiátrica y convence al interno y al enfermero de turno de acompañarlo a un espectáculo de variedades. Situado en primera fila con sus acompañantes, demanda a un espectador vecino le preste su sombrero; en éste coloca un "marengo" —moneda de oro casi desaparecida y lo pasa a otro vecino de butaca, rogándole hacerlo circular. La "enquete" se cumple con todo éxito. Al regresar a sus manos, luego de dar la vuelta a la sala, el sombrero contiene algunos miles de francos, pero el "marengo" ha desaparecido... Hecho lo cual, Dalí invita a sus enfermeros a cenar en el más costoso restaurante de París con el producto de lo recaudado.

Cuando va a Nueva York por vez primera, invitado por una agrupación de simpatizantes de la República española, en los días mismos de la guerra, agradece los homenajes que recibe, obtiene gruesos contratos para ornamentar las vitrinas de algunos almacenes de la Quinta Avenida y destroza uno de ellos a estacazos por no haber respetado el esquema decorativo. Por último, la resistencia republicana en estertor, se confiesa franquista... Años más tarde, ya en plena ascensión, publica su ensayo "Canibalismo y Estética" en que invita sincera y paladinamente a "Devoraos los unos a los otros". Allí apunta, en una de sus páginas, la siguiente instructiva reflexión: "Desde ahora, degustaré con un sabor particular la menor sardina si, al mismo tiempo, pienso en todos mis amigos muertos, de preferencia fusilados o martirizados", misma que constituye una evidente profesión de fe fascista y un esquema de su teoría estético-canibalesca.

Dalí ha vertido una simbología indescifrable de relojes fritos como huevos y pescados descompuestos en un mismo sartén; es como el itinerario de una progresiva demencia cuya culminación acaso sea el episodio de Port-Lligat y el súbito fallecimiento de su amigo Obiols. Tal vez la interpretación sicoanalítica de su obra pictórico-libresca podría dar a la clave de un complicado proceso de canibalismo artístico.

Por Raúl Andrade

Primer idilio telefónico en España

Por Juan Antonio Cabezas

MADRID.— ¡Maravilloso y calumniado siglo XIX! Pese a que para España empieza con un desastre; la invasión napoleónica (1808) y termina con otro: el fracaso político-militar de 1898.

En el transcurso de sus décadas, ¡cuántas maravillas descubiertas por el cerebro humano! Se ponen en marcha fuerzas desconocidas y se realizan anhelos, para los que el hombre se creía impotente desde la antigüedad. Se dan pasos vacilantes pero decisivos, en el camino hacia el gran progreso. Puede asegurarse que en el siglo XIX, tan calumniado y tan respetable en la cronología del mundo, la Humanidad realiza la mayor transformación de su historia.

Se iban a superar las culturas elementales y centrípetas, nacidas y muertas sin trascender, a lo largo de millares de siglos, destinadas a convertirse en pura arqueología. En el pasado siglo tienen sus comienzos una cultura y una ciencia que asistidas por una tecnología en permanente evolución y superación de sí misma, avanzan hacia un destino que desconocemos, pero que ya no podrán ser detenidas.

El vapor, la electricidad y la electrónica con todas sus ilimitadas consecuencias, que nos ofrecen el ferrocarril y la navegación, el telégrafo de Morse (1843); el teléfono de Graham Bell (1876); las ondas de Hertz (1890). Y en los años finales del siglo, el invento más decisivo, el motor de explosión (Panhard, 1897), que sería la gran revolución mecánica: el vehículo automóvil, que vino a calmar uno de los anhelos primarios del ser humano: la velocidad. El desplazamiento vertiginoso por tierra, mar y aire. "La velocidad —escribió Ortega y Gasset ("Meditación de la técnica")— al anular casi el espacio y destruir casi la distancia, ha trastornado los factores clásicos, suprimiendo esa estúpida servidumbre y limitación que la vida humana padecía".

Además de los avances de carácter técnico universal, el siglo XIX trajo para Madrid muy importantes y particulares novedades que, iban a cambiar el desarrollo urbano de la Villa y Corte. El día 10 de enero de 1851 se inauguraba solemnemente, el segundo ferrocarril que rodaba en España (el primero había sido el Barcelona-Mataró). El segundo era el Madrid-Aranjuez, pronto denominado por los madrileños "el tren de la fresa". Fue el isabelino marqués de Salamanca, gran propulsor de los ferrocarriles españoles, quien preparó el fastuoso vagón real, convertido en salón palaciego, en el que viajaban los reyes y el Gobierno presidido por Bravo Murillo.

Siete años después, el 24 de junio de 1858, en la casi mágica mañana de San Juan, se producía ante los madrileños un verdadero "milagro" técnico, no incluido entre los que el folklore céltico instala en la madrugada del solsticio. El agua del río Lozoya, después de recorrer setenta y siete kilómetros, desde el Pontón de la Oliva, producía un gran surtidor de 90 metros en la calle Ancha de San Bernardo, ante la reina, el Gobierno y el asombrado pueblo de Madrid. "Un río puesto de pie", según la metáfora del novelista Manuel Fernández y González.

La otra gran novedad, que sólo a los dos años de haber patentado Graham Bell en Boston, un aparato denominado teléfono, se realizaban en Madrid los primeros ensayos de telefonía con un hilo electrificado.

Y el día 18 de enero de 1878, el teléfono de Graham Bell entraba definitivamente en la capital de España. Se establecía por primera vez comunicación telefónica entre el Palacio de Oriente, donde se encontraba Alfonso XII y el Palacio del Real Sitio de Aranjuez, donde se encontraba circunstancialmente, su prometida María de las Mercedes de Orleáns.

Se produjo entonces el primer idilio telefónico celebrado en España, entre el rey "pacificador" y la princesa de Orleáns que iba a ser su esposa. Por primera vez los electrificados nervios de cobre del teléfono, adquirían una nueva dimensión sentimental y humana. Las palabras reales, transportadas por la corriente eléctrica, además de pasar por los oídos y el cerebro de los interlocutores, afectaban a sus corazones de enamorados. En aquella mañana de enero de 1878, empezaba a ser el teléfono en Madrid, vehículo universal de un eterno idilio. Pronto los enamorados de todo el mundo llenarían los micrófonos de dubitativos y azucarados "si..." "no..." Los clásicos monosílabos de la romántica "Margarita" goethiana.

El rey Alfonso habló palabras de felicidad con su prima, la de los tristes destinos. La que pronto sería reina y protagonista del dolorido romance popular, en el que el pueblo de Madrid lloró en verso, la muerte prematura de María de las Mercedes, con el "¿Dónde vas Alfonso XII?/ ¿Dónde vas triste de ti"?

¡La vida ... vale la pena!

Por Linda D. Cuéllar de Cerén

En estos momentos en que todo parece ser angustia, miedo, incertidumbre; pensemos que la vida vale la pena de ser vivida.

Tratemos de darle un poco de felicidad a los que amamos; una sonrisa, un simple apretón de manos, un te quiero, valen tanto como una fortuna.

En días anteriores, leí un artículo de una madre acongojada; ella se lamenta de no haberle dicho a su hijo, ya muerto, cuánto lo admiraba por tantas cosas que él en vida hizo. Como ella hay millares de personas que desearían darle marcha atrás al tiempo y demostrar esos sentimientos, que guardan en el fondo de su corazón, como un secreto.

LA vida es efímera, un regalo pasajero, tratemos de hacer felices a los que nos rodean; no tengamos vergüenza de decir a pleno pulmón lo que sentimos hacia nuestros padres, hermanos, hijos. ¡Mañana... tal vez ya sea muy tarde!